

El rito sagrado de enseñar: educar como acto consagrado

Oficiar un rito de transformación del alma

Andrea Valenzuela
Profesora UMCE
andrea.valenzuela@umce.cl

La juventud esa agua viva no puede amar al que tiene sobre la lengua viva la palabra muerta

(Mistral 1979, p. 5)

En un principio estaba la palabra y todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada. Lo que se hizo en ella era la vida, nos refiere El Evangelio según San Juan. Distingue a Dios respecto de su Palabra diciendo que “la Palabra estaba junto a Dios” (Jn 1,1) y “que la palabra era Dios. Por tanto, la palabra era la vida, la creación y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,3-4); Así, la encarnación del Verbo y la esencia de Dios, aunque invisibles, pueden manifestarse en un acto de amor divino, como es educar, donde se hace presente Dios mismo.

La búsqueda del ser humano por trascender su condición limitada lo ha ligado al desarrollo del pensamiento, la ciencia y la religión y es precisamente ahí donde el rito sagrado y el amor místico han sido comprendidos no solo como expresiones religiosas, sino como métodos pedagógicos y caminos de transformación espiritual. Este ensayo propone una lectura que reconoce en ambos no solo la transmisión de un saber espiritual, sino una experiencia formativa y elevadora, desde la pedagogía profunda y transformadora de Gabriela Mistral.

Tanto el rito sagrado como el amor místico constituyen enseñanza y elevación del alma, cada uno actuando desde dimensiones distintas pero complementarias. El rito enseña y eleva a través de la participación simbólica y comunitaria; mientras que el amor místico lo hace desde la interioridad afectiva y la unión con lo divino. Uno es personal y social al mismo tiempo; el otro es absolutamente personal e interior. Ambos caminos forman parte de una

misma “pedagogía espiritual”, orientada a la configuración del ser humano en relación con lo sagrado, que es educar, según el precepto mistraliano.

La visión de la enseñanza que tenía Gabriela Mistral trasciende lo técnico o académico para instalarse en el terreno de lo espiritual y, por qué no decirlo, de lo divino. Su vínculo con la docencia no es otra cosa que la relación trascendente de amor consumado en la manifestación explícita existencial orientado a lo superior y supone un desdén por lo temporal y efímero, lo mundano. Ambos, el amor a Dios y a la docencia, bien podrían ser equivalentes como causas-motivo de la búsqueda de Dios en un encuentro místico divino.

Esto hace que para la Mistral enseñar sea un acto profundo de amor, que la hace salir de sí y de sus afanes temporales para ir tras la huella de la entrega y el servicio a la docencia del niño/de la niña e ir al encuentro de los preceptos divinos para estar en presencia gozosa.

Educar para Mistral es en definitiva una especie de encuentro de amor místico revolucionario para una época, en la que la educación comenzaba a modernizarse bajo el paradigma de la eficiencia y la ciencia, mientras que ella relevaba la pedagogía del servicio en la que el vínculo afectivo entre maestro/maestra y alumno/alumna constituía el eje central del aprendizaje.

Gabriela Mistral no es dogma. Su idea de lo sagrado nace de una espiritualidad entrañable que vivía con intensidad. De su formación cristiana y su sensibilidad mística, se desprendía la capacidad de ver en el rostro de cada niño y niña una llama divina, y es desde acá que se evidencia que la educación es el parangón a una práctica religiosa: “La maestra debía (...) enseñar el amor a la Creación, la hermandad y la paz entre los hombres y la unión con Dios” (Guillén, 2003, comentario a *Ternura en Ternura*, p. 172).

Esta espiritualidad revelaba un misterio que debía ser cuidado religiosamente y la acción de enseñanza constituía una misión de fe que requería pureza de intención, vocación auténtica y una entrega absoluta, ya que es una manifestación explícita del amor: “con mi mano en la suya, con otra en la de mis niñas, pienso vivir, y enseñar y morir... en la ilusión de que sigo sembrando en la huesa... nada más que un surco” (Mistral, 1919/1930, p. 35).

Por lo tanto, su visión de lo sagrado no es doctrinal, sino vivencial y experiencial: cada niño y niña, cada instante, cada acto educativo tenía para ella el sello de lo divino y exigía

responder con amor profundo y reverente. Su práctica pedagógica, más que enseñanza, era una confesión de fe encarnada, pura, total y entregada.

La cosmovisión educativa de Gabriela Mistral establece la educación como salvación, como elevación moral y espiritual y no solo como instrucción: "El maestro no sólo debe enseñar, debe salvar", escribió.

La pedagogía como experiencia de conexión profunda y trascendental la aleja de la comprensión racional al elevar el oficio pedagógico y, pese a su instrucción, desprenderse de los cánones de la intelectualización en la ciencia de la educación para pasar a revelarse como iluminación transformadora. Es así que, gracias a la acción del/la docente quien asume la tarea de irradiar su presencia salvadora en el ejercicio pedagógico, es que se expresan las manifestaciones divinas del amor descrito en la literatura, pues incluso cuando la 'ágape' tiene por objeto al individuo, revela los rasgos del amor divino.

La pedagogía mistraliana como parangón del amor-ágape es el sentido de la vida mística que entraña intrínsecamente un compromiso ético. No solo como experiencia iluminativa pasiva por la que el/la académico/académica se absorbe en lo divino o se ensimisma; es por lejos, fuerza transformadora que, realizando las obras del amor en el ejercicio de la docencia, entrega y engendra amor en el prójimo, que se manifiesta en la observación, la entrega y la plenitud interior en el desarrollo de la docencia.

Un amor místico de la experiencia pedagógica revela la unidad con lo divino o lo trascendente, a menudo a través de la contemplación, la meditación y el amor, tal y como se lleva a cabo el rito del ejercicio de la docencia.

El rito sagrado: la pedagogía como símbolo

El rito sagrado constituye una forma de conocimiento espiritual mediado por lo tangible, el cuerpo, el tiempo litúrgico y la comunidad. Lejos de ser solo una formalidad externa, la liturgia está plagada de un lenguaje simbólico que enseña por participación. Ya lo decía Romano Guardini, cuando señalaba que la liturgia enseña al hombre a vivir porque le educa en la objetividad, en obediencia, y en reverencia, lo que le permite abrir el alma a lo eterno (Guardini, 1930/2005). El rito educa al creyente a través de la repetición, el ritmo y la

acción simbólica, de modo que lo que se celebra se interioriza en esta celebración-predisposición de apertura a lo divino.

Esta constitución del rito sagrado representado en la liturgia es una alegoría de la pedagogía de la Mistral. Cuando ella pide inspiración divina, invoca; ofrenda su labor en el placer del servicio, en el desgaste del oficio, en la preparación de la clase; en el cuidado con el que se nutre en lo profesional, mismo que entrega a sus educandos, en las injusticias del sistema para quien enseña y quien recibe; la consagración en la relación simbiótica entre el educador/la educadora y quienes son educados y al revés; la iluminación cuando la entrega se ha realizado y se alcanza el punto máximo de concreción del proceso educativo: se ve la cara de Dios. Esto culmina con la bendición que es la manifestación explícita de Dios. Es el encuentro o la unión de las almas divinas y terrenales en un acto majestuoso, divino de entrega.

El amor místico: pedagogía trascendente

El amor místico representa otra dimensión del aprendizaje espiritual: aquella que nace del deseo profundo de unirse a Dios, en el caso de la Mistral, incluso antes del inicio de su clase como de los/las estudiantes que logran el encuentro con el conocimiento, con el logos, con Dios. Se trata de una enseñanza que no solo entrega conceptos, sino que va más allá, “es lo que está en el labio”, no sólo en lo que se dice, sino en cómo lo ha elegido la maestra/el maestro para sus estudiantes. Es una enseñanza que se expresa en el cuidado de la docencia la que permite una experiencia amorosa transformadora. Nada más actual que la pedagogía enfocada en la experiencia, nada más significativo que una experiencia pedagógica trascendente.

San Juan de la Cruz, en su Cántico espiritual, escribe: “El alma comprende más en un instante de amor que en toda la ciencia del mundo” (San Juan de la Cruz, 1991, estrofa 27). Esta afirmación subraya la naturaleza no discursiva del amor místico: el alma es formada por lo que ama, y al amar a Dios, es elevada a él.

El rito también eleva, en la medida en que permite al alma entrar en el “tiempo de Dios”. En palabras de Joseph Ratzinger (Benedicto XVI), “la liturgia no es una autocelebración de la comunidad, sino la entrada en la acción de Dios en la historia, en su eterno presente” (Encíclica “Sacramentum Caritatis”, Benedicto XVI, párrafo 37). De esta forma, el hecho de representar el aula, un maestro/una maestra y los y las estudiantes no representan en sí

mismos/en sí mismas lo trascendente, sino en cuanto los actos por los cuales se concreta la unión divina se logra. Así, el rito no es una simple herramienta didáctica, sino una forma de comunión con lo eterno.

Es así como las etapas del acto litúrgico son equivalentes al acto de amor que educa. Desde la invocación, en la que la maestra se dispone a iniciar el proceso educativo y recibir humildemente la Gracia para enseñar, hasta la bendición, donde su enseñanza queda sembrada como una “saeta de oro” en el alma de quien aprende. La enseñanza es, por tanto, un llamado sagrado.

Invocación: Maestra - quien aprende

“¡Yo te invoco, Señor, dueño de la Gracia, al empezar mi trabajo! Entre ella a mi aposento cerrado y ponga sus manos sobre mí. Sin la gracia mi estudio sería un jadeo y yo no quiero faena con gemidos”.

“A ti dueño de la Gracia la pido al empezar mi trabajo cotidiano. Tú tienes otras advocaciones, pero yo te llamo ahora con ésta; ¡traspásame de ella! ¡Es tu dardo rápido que no sangra y que nos deja ardiendo!” (Mistral, 1979, p. 33-34.)

La labor, la acción pedagógica, entonces requiere la bendición. Se releva el oficio (la docencia) y la importancia del credo de la Mistral. El espacio educativo, el aula, en este sentido, se convierte en un templo, un espacio litúrgico donde la enseñanza-aprendizaje se desarrollan en el tiempo de la persona que aprende, en el silencio del aprendizaje, el cuidado con que se pronuncian las palabras, del gesto amoroso y, sobre todo, en el enseñar desde la mirada del niño y de la niña que aprende. La maestra asume un rol sagrado: guía, consuela, reprende con firmeza y ternura al mismo tiempo.

Esta invocación es, también, una muestra de la humildad y del carácter servicial del ejercicio docente. Mientras que, al solicitar la Gracia, se pone al mismo tiempo en las manos de Dios, entendiendo la responsabilidad que implica el ejercicio pedagógico.

La invocación de este carácter trascendente que ejercita la persona que enseña se plasma en la afirmación: “El maestro que no sea un alma de amor no enseñará jamás bien una letra siquiera” (Mistral, 1957). Nos demuestra que Mistral veía en el niño/la niña no solo un

sujeto de aprendizaje, sino un ser sagrado. Por esta razón Gabriela Mistral requiere de la presencia divina y pide perdón por llevar el nombre de maestro como Jesús. Es que para ella, educar, entonces, implica un llamado interior, una vocación que trasciende cualquier planificación profesional. Así, la figura del docente/la docente se eleva a la de un/una guía espiritual, una mediadora/mediador entre el saber, la humanidad y la trascendencia.

Cuando pide perdón por llevar el nombre de maestro, como lo llevaba Jesús, no solo demuestra humildad en el oficio, también reconoce en la figura de Jesús un maestro en el sentido de la docencia propiamente tal. Lo que predispone al acercamiento de este oficio al ámbito religioso, espiritual, sagrado.

Ofrenda: la vocación como sacrificio amoroso

“Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con actitud, el gesto y la palabra” (Mistral, 1979, p. 39).

Para Mistral, no había pedagogía sin pasión ni método sin ternura. Ella hablaba de quien educa como alguien que debía ofrendarse: su tiempo, su cuerpo, su paciencia, su dolor incluso. La educación, decía, no podía reducirse a una profesión. Era una llama interior que consume y a la vez ilumina, es decir, enseñar era un acto de entrega total.

“La enseñanza, si no es un acto de amor, no es nada. Yo no concibo la enseñanza sin ternura. El que no la tenga que no enseñe” (Mistral, 2007).

Los sacrificios mundanos de la pedagogía se expresan en la postergación de ambiciones personales, en jornadas extenuantes, en salarios escasos y en un reconocimiento social muchas veces insuficiente. Hay un sacrificio ritual en la pedagogía Mistraliana: la maestra —como en las antiguas ofrendas— no da objetos materiales, se da a sí misma. Su docencia no significaba la simple transmisión de conocimiento, sino actos de amor sublimes, ya que su pedagogía es una pedagogía del sacrificio: lenta, silenciosa, invisible, pero profundamente transformadora.

No es este sacrificio docente un apostolado. Es un sacrificio de entrega honesta, preocupado y sobre todo trascendente. Prueba de ello: “La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; ... la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico, que es de los más reseca-
dores, le

irá menguando la frescura de la mente y la llama del fervor. El sueldo magro ... irá royendo sus facultades” (Mistral, 1979, p. 80-85).

Este énfasis en la entrega convierte al acto educativo en una forma de sacrificio amoroso. Mistral propone una pedagogía sustentada en la empatía, en la comprensión del dolor humano y en el compromiso con los más vulnerables. En su visión, el maestro no se limita a instruir; se ofrece como modelo de humanidad.

La consagración: inspiración y guía del proceso educativo

Scarpa (1979/ed. de Mistral) afirmó que “el único lugar en que se honra verdaderamente es la escuela porque es el solo recinto superior de este mundo”. El santuario donde ocurre la consagración de esta entrega divina es el espacio de aprendizaje y cada ser que aprende es un altar viviente. Por lo que sería impensado concebir el aula solo como un espacio administrativo, frío o poco acogedor.

La consagración es importante en cuanto la ofrenda se materializa en la dedicación a los niños y niñas que se educan, bajo la energía vital del amor místico que implica el educar. Por tanto, la deidad, el rito específico de la docencia cual servicio religioso, se completa en esta fase de consagración.

Además, la pedagogía de Mistral reconoce en el proceso educativo el ciclo virtuoso de ser el benefactor de la enseñanza y receptor de la misma, situación que replican los y las que se educan. Por tanto, esta consagración es para todos y todas los/las involucrados/as. “El amor a las niñas enseña más caminos a la que enseña que la pedagogía” (Mistral, 1979, p. 56).

En este sentido, enseñar requiere un tipo especial de reverencia. Se enseña de pie, como quien oficia una misa laica; se enseña con humildad, como quien entra descalzo a tierra sagrada; sin imposiciones sobre la enseñanza, sin metodologías educativas que no estén ajustadas a las necesidades de quien aprende, en un ambiente de respeto mutuo. La maestra consagra el silencio, la escucha, el gesto amable.

Mientras que la palabra, como en un origen, es el logos, es la herramienta a través de la cual se crea, se da vida, se inicia la transformación, pero también es invocación. Mistral sabía que en la escuela cada gesto podía ser redentor: una mirada, una caricia, la corrección justa.

En su Decálogo del maestro (1923), establece con claridad esta relación espiritual con la enseñanza: “Ama. Si no puedes amar mucho, no enseñes a niños” (Mistral, 1923). Esta concepción transforma la cotidianidad escolar en una liturgia. Los actos más simples —leer, escribir, hablar— se cargan de una dimensión ética y simbólica. Mistral consagra el aula como un santuario en el que lo humano se cultiva, se cuida y se respeta profundamente.

No hay sobre el mundo nada tan bello como la conquista de almas. Esta visión espiritual de la enseñanza-aprendizaje contrasta con la educación actual, tecnócrata y empresarial, muchas veces despojada de alma. Para Mistral, la escuela debía ser un lugar donde se tocara el misterio del ser humano y no solo se aprendieran fórmulas.

Iluminación: educación como despertar del alma

El objetivo último de la enseñanza mistraliana no era la acumulación de saber, sino el despertar del espíritu. Educar no era moldear, sino revelar. Como los antiguos místicos, Mistral creía que dentro de cada ser humano existía una luz —una chispa divina— que debía ser liberada, encendida, el despertar del alma. Enseñar es, en este sentido, un acto de iluminación interior. No se trata de llenar vacíos, sino de hacer brillar lo que ya está presente en cada ser.

En su ensayo “La escuela y la cultura” (1922), afirma: “La cultura es el despertar del alma a sus propios tesoros. El maestro no da: revela” (Mistral, 1957). Y nosotros/nosotras podríamos afirmar que toda pedagogía que no alumbra es ceniza. No importa si el niño/la niña viene del campo, de la pobreza o del dolor: todos/todas llevan dentro una luz que puede y debe ser despertada por el amor de un maestro/una maestra. Este acto de iluminar es, en su visión, profundamente sagrado.

Esta pedagogía del despertar implica que todo/toda niño/niña es portador/a de una luz, de un valor intrínseco. La tarea de quien enseña es ayudarlo a reconocerla y cultivarla. Así, el proceso educativo se convierte en una experiencia transformadora para ambos: quien enseña y quien aprende.

Bendición: Saeta de oro

Gabriela Mistral bendice la figura del maestro/la maestra no con autoridad, sino con ternura; tampoco idealiza al maestro como figura de poder, sino como cuidador de la vida. En un mundo atravesado por la desigualdad, la violencia y el olvido, el maestro/la maestra es, en sus palabras, un “pastor de almas”, alguien que vela por la dignidad de cada niño/niña. Ella lo imagina como un/a guardián/a: no de libros, sino de almas.

“Lo que el alma haga por su niño, nadie lo sabrá. Pero habrá sido eso lo que le salve” (Mistral, 1924). Su legado es una bendición que aún puede caer sobre nuestras escuelas: una invitación a volver al centro, al corazón, al alma del acto educativo. Enseñar, para Gabriela Mistral, no era un trabajo: era una oración pronunciada con el cuerpo entero. Una plegaria viva en la que cada niño era una promesa de luz.

Este pensamiento mistraliano convierte la educación en un acto de fe: una apuesta por lo humano, por lo sensible, por lo espiritual. En tiempos de deshumanización y tecnocracia, el legado Mistraliano aparece como una alternativa ética urgente para recordarnos que enseñar es, ante todo, un acto de amor.

Gabriela Mistral concibió la educación como una forma de sacerdocio laico: una práctica amorosa, sagrada y profundamente humana, y por qué no, una unión sagrada de amor. A través de metáforas espirituales y actos pedagógicos concretos, propuso una escuela donde el alma de quien aprende se cultiva con ternura y respeto. Frente a los desafíos contemporáneos de la educación, la figura de Mistral nos recuerda que cada clase puede ser una plegaria, un rito, una liturgia, y cada maestro/maestra, un guardián silencioso del alma humana.

Volver al corazón del oficio

Este carácter ritual y sagrado de la enseñanza referido en este texto demuestra la implicancia de la disposición espiritual, como si el aula fuera un templo y el acto educativo, una liturgia, para que el rito sagrado sea expresión vívida de compromiso ético y espiritual con cada niño y niña, no sólo desde el conocimiento y su mente sino también con su corazón y su alma.

Este amor místico es la consagración que posibilita dar vida al rito de enseñar y constituye el vínculo invisible, pero indisoluble entre educador/a y educando, que hace del proceso educativo una experiencia de común unión. Entonces, la pedagogía mistraliana integra el rito sagrado (la estructura ética-espiritual del enseñar) y el amor místico (la energía interior que impulsa esa entrega), formando así, en conjunto, una pedagogía humanista, profundamente latinoamericana y espiritual, donde cada clase, donde cada acto educativo, puede ser visto como un acto de fe en el alma humana.

Para Mistral, la docencia no era un trabajo común, sino una ofrenda de carácter divino y ritual. Lo deja plasmado en su Decálogo del Maestro, donde nos invita a recordar el oficio no como mercancía sino como servicio divino y donde este enfoque sacramental convierte al aula en un espacio sagrado, en el que el maestro/la maestra 'oficia' con reverencia y solemnidad.

En pleno siglo XXI el sentido profundo de la fe concebida por la Mistral no debe verse como relicario antiguo, y más aún, plasmada en su pedagogía, parece más actual que nunca ya que responde a la necesidad del medio a través de la urgencia de la interiorización, de la profundización y el sentido íntimo que le confiere.

No es de extrañar, entonces, que sus inicios fueran polémicos —como con su artículo “La Instrucción de la Mujer” publicado en La Voz del Elqui en marzo de 1906—. Y más tarde en su credo al maestro (c.1917–19) Mistral entendió la educación como una misión sacra de liberación y dignidad femenina al afirmar: “Creo en la santidad de esa misión [...] cercana al atributo terrible (privilegio divino)... de crear y al de, en la Santa Mesa, las ostias consagrar”. En esta analogía, enseñar equivale a consagrar, a hacer sagrado lo cotidiano. El aula se transforma así en un espacio ritual donde el educador/la educadora oficia su ministerio con reverencia y conciencia moral. Pero también se desprende de esta cita el pensamiento de que la docencia no era un oficio, sino una vocación trascendente.

La compasión activa de la Mistral no solo es identificación del sacro oficio de enseñanza-aprendizaje; es también un llamado a quienes influyen en las políticas públicas en el ámbito educativo, a Directivos y a todos y todas quienes están involucrados e involucradas en el proceso educativo, por lo que el amor místico que ella vivencia trasciende el mero afecto. Ella nos conmina a amar y si no, no enseñar niños/niñas.

Desde la concepción humana y poética, que nos presenta la Mistral en el mil novecientos a la fecha, sigue siendo actual plantear la educación como un acto de generosidad y santidad: el maestro debe encender almas llevando “fuego en el corazón” y revivir cada clase como si fuera “viva como un ser”.

Su pedagogía es un llamado actual en el que convergen rito y amor, y se traducen en belleza, sencillez y responsabilidad ética. En Magisterio y niño, Mistral defiende que enseñar significa desplegar un diálogo constante con la vida cotidiana, donde cada gesto, palabra y actitud importa en la formación integral del niño/niña: “La Pedagogía tiene su ápice [...] en la belleza perfecta. Ésta, la escuela, es [...] el reino de la belleza... el reino de la poesía insigne” (Extraído de Escuela y acto didáctico, 1917-25).

La profesionalización del oficio sagrado se hace presente en la literatura Mistraliana de forma transversal. Establece los parámetros básicos para “honrar” el oficio. Recomendando además narrar con gracia, naturalidad y profundidad, evitando lo banal o complejo que no sea necesario. Este enfoque convierte la enseñanza en arte, donde cada lección debe aliviar y elevar, no solo instruir.

En este marco, el aula se convierte en un espacio de consagración simbólica y el acto educativo, en una forma de liturgia cotidiana. Esta concepción, lejana al pragmatismo actual, restituye al acto de enseñar su dimensión ética y espiritual. En un tiempo en que lo técnico prima sobre lo humano, recuperar el sentido ritual del aula es volver a dotar de sentido a la práctica docente.

Este amor místico no es posesivo ni condescendiente; es activo, ético y sacrificado. Implica ver a quien aprende como sujeto de dignidad y no como receptor/receptora pasivo/pasiva de contenidos. De ahí que la Mistral promueva rasgos base del buen hacer docente, porque el oficio conlleva obstáculos y detractores y la mirada debe estar sobre ello. Incluso en el contexto actual, donde las relaciones escolares se ven tensadas por el cansancio emocional y el distanciamiento afectivo, este amor profundo se presenta como un pilar indispensable para la reconstrucción del vínculo pedagógico.

Más aún, la labor docente en el contexto actual exige flexibilidad de espacios y territorios diversos como pocos oficios son capaces de abarcar. El/la docente debe ser capaz de traspasar las barreras contextuales, de forma de llegar a quien aprende, y la forma de

hacerlo, según Gabriela Mistral, no es otra que a través de la honestidad del oficio, fundamentado en los actos cristianos que se basan en el amor y en el respeto a uno/una y el respeto a quien aprende.

La necesidad de ver a quien aprende como sujeto de dignidad debe llevar al maestro/maestra a la introspección y conciencia de quien enseña para configurar la pedagogía desde el ser. Aunque la realidad de la Mistral diste de la actual las problemáticas asociadas al ejercicio de la docencia, no son exentas y en muchos de los casos, no son disímiles de los que ella misma identificó en su momento. Hoy por hoy, por ejemplo, en un entorno en el que se exige a los/las docentes desempeñar múltiples roles —facilitadores, mediadores, evaluadores, contenedores emocionales—, Mistral reivindica la necesidad de la vida interior del maestro/de la maestra. Prueba de ello, la encontramos en su decálogo: “Antes de dictar tu lección cotidiana, mira a tu corazón y ve si está puro.”

Y no solo eso, Mistral impregnó su pedagogía de belleza, presencia y necesidad por una formación integral, al promover la poesía, la dulzura y la estética. Obras como *Ternura* (1924) muestran cómo la enseñanza puede nutrirse del arte y la sensibilidad para formar no solo mentes, sino almas. Poemas como “Meciendo” o “Piececitos” no son solo cantos, sino actos pedagógicos, impregnados de ternura, justicia y espiritualidad, de respeto a la individualidad de los niños/las niñas.

Frente a modelos formativos fragmentarios y orientados a resultados medibles, Mistral propone una educación que reconozca la totalidad del ser humano, incorporando lo ético, lo emocional y lo espiritual en la experiencia escolar. Este llamado a la introspección no es individualista ni pasivo; es un acto de responsabilidad ética. El maestro/la maestra necesita revisar su intención, sus emociones y su disposición para poder sostener una práctica genuina. En tiempos donde el agotamiento y el desgaste afectan gravemente al magisterio, esta mirada interior se vuelve una herramienta de resistencia y renovación.

RITO SAGRADO Y AMOR MÍSTICO. De la exploración de la pedagogía mistraliana

Reconectar, reconectarnos en medio del ruido y de la vorágine parece ser un desafío en los tiempos que corren. Vivimos supraconectados a lo externo: redes sociales, noticias, tecnología. Esto ha generado una desconexión de las personas consigo mismas, con los y las

demás y con lo que ocurre en su entorno. La interioridad, hoy, se vuelve una urgencia por cuanto hay oficios, acciones y quehaceres en las que la desconexión, los tecnicismos y la necesidad de automatización han deshumanizado la finalidad última con la consecuencia que implica para niños, niñas y jóvenes esta toma de decisiones. El “Placer de Servir”, nutrir la fe y desarrollar obras de acuerdo con los mandamientos cristianos, no puede sino ser el desarrollo de una interioridad necesaria. El trabajo espiritual de lo que se hace no puede ser visto como un relicario viejo, debe ser entendido como una forma de resistencia a la sobreestimulación actual, a la necesidad de tomar decisiones apresuradas y a la pérdida de valores esenciales; debe ser un espacio de silencio y escucha personal, con el fin de, desde allí, reconectar, reconectarse y servir.

Actualmente, los desafíos pedagógicos no están en la base de la transmisión de conocimientos, tampoco en el desarrollo de competencias o habilidades; sino en establecer qué hacer con ellos o cómo el aporte de la enseñanza aprendizaje permite la toma de decisiones sobresaturada y con ansias de inmediatez que exige nuestro contexto actual. El placer del goce inmediato y sin sentido, la necesidad de sobreexposición para la valoración social y la valoración extrema de las apariencias parecen obnubilar todo.

La experiencia pedagógica Mistraliana como parangón litúrgico nutrido por el amor místico de encuentro sagrado no es evasión, es presencia plena. No se trata de escapar del mundo, sino de vivir con más profundidad y conciencia. Una persona que trabaja su vida interior no es ajena a la realidad, sino más comprometida con ella porque se conoce, sabe escuchar, reflexiona y actúa con sentido.

El nivel de comprensión actual posibilita incorporar prácticas contemporáneas que consideren formas tradicionales de interioridad (meditación, oración, contemplación, silencio) y pueden ser tan diversas mientras encienda la chispa del espíritu. Gracias a ello, podríamos hablar de la interioridad como dimensión educativa, en el ámbito de la profesionalización de la educación.

Los cambios actuales a nivel mundial hacen necesario que en muchas escuelas se trabaje en educar la interioridad, algo impensable hace unas décadas. Se busca formar a personas no solo en habilidades técnicas, sino también en autoconocimiento, gestión emocional, sentido de vida, silencio y contemplación.

La posibilidad de desarrollar y potenciar la interioridad permite acercarse a lo trascendente. Para algunas personas, esta vida interior está conectada con una dimensión espiritual o religiosa. Para otras, es un espacio de reflexión ética, de búsqueda de sentido o simplemente de bienestar personal. Todas estas visiones pueden convivir.

Actualizar la interioridad hoy no significa volver al pasado, sino recuperar lo esencial en un contexto nuevo. Es una invitación a vivir con más conciencia, profundidad y sentido, en medio de un mundo acelerado, fragmentado y ruidoso. De ahí la relevancia de la pedagogía de Gabriela Mistral. Conocer sus preceptos nos traslapa a las necesidades actuales en la formación docente de niños, niñas y jóvenes. Entonces cabe la pregunta de cómo volcarnos, ya sea interna, trascendentalmente o no a este deber ser que proclama la Mistral.

En un escenario educativo marcado por la aceleración tecnológica, el desgaste docente y la creciente instrumentalización del saber, la pedagogía mistraliana emerge como un referente profundo y humanizante. Gabriela Mistral, poeta, educadora y pensadora, propuso una visión de la enseñanza como acto espiritual, enraizado en el rito, el amor y la ética. Todo esto como parte de su educación cristiana. Su concepción de la docencia no se limita a la instrucción, sino que constituye una práctica devocional que apela a la interioridad del maestro/la maestra y a la dignificación de quien aprende. Se releva la lectura del pensamiento de Gabriela Mistral sobre su pensamiento pedagógico, vinculándolo con la necesidad contemporánea de introspección, presencia consciente y compromiso ético como respuestas a las tensiones del medio educativo.

La pedagogía mistraliana nos desafía a mirar hacia adentro cuando todo afuera es demanda, para salir y elevarse a través del amor místico. Nos recuerda que no se puede enseñar sin alma, que el educador/la educadora debe ser humano/a antes que técnico, y que el amor, el rito y la belleza no son ornamentos, sino ejes profundos de toda verdadera educación en el servicio que implica la pedagogía.

En tiempos en que la educación parece volverse cada vez más técnica, estandarizada y funcional, Gabriela Mistral nos recuerda que enseñar es, ante todo, un acto espiritual. Su pedagogía —fundada en el rito sagrado, el amor místico y la introspección— no es un legado congelado en la historia, sino una voz viva que interpela al presente.

Hoy, cuando el ejercicio de la docencia conlleva más cansancio emocional, automatización y prisa en nuestras aulas, el mensaje mistraliano resuena con más urgencia: el maestro necesita cultivar una vida interior que le permita resistir sin endurecerse, acompañar sin agotarse, guiar sin imponer.

Mistral nos invita a enseñar desde lo esencial: con pureza de intención, con fuego en el corazón y con reverencia por cada alma que se forma. Esto no significa idealizar la labor docente, sino reconocer su poder transformador cuando está sostenida por el amor y la presencia consciente. Volver a ella es volver a lo profundo. Es recordar que educar no es solo formar mentes, sino tocar lo humano con respeto, poesía y esperanza. En esa tarea, cada día puede ser un pequeño rito de dignificación, cada gesto un acto de resistencia y cada aula — cuando se enseña con alma— un santuario de humanidad.

La pedagogía de Gabriela Mistral, anclada en el rito sagrado de enseñar, en el amor místico hacia el educando y en la introspección como práctica ética, ofrece una alternativa profunda y necesaria a los desafíos que enfrenta la educación contemporánea. En un contexto caracterizado por la fragmentación afectiva, la sobrecarga técnica y la presión por resultados, su propuesta resurge como una forma de resistencia humanista y espiritual.

Lejos de constituir una pedagogía romántica o idealista, el pensamiento de Gabriela Mistral plantea un modelo integral donde el maestro no solo instruye, sino que acompaña, consagra y transforma. Desde esta perspectiva, la labor educativa no puede reducirse a la transmisión de contenidos, sino que implica una formación ética y estética del ser, tanto para quien enseña como para quien aprende.

En suma, retornar a Gabriela Mistral no es un gesto de nostalgia, sino un acto de reconstrucción ética y una necesidad de respuesta frente al medio que exige actualización, pertinencia y coherencia con las necesidades formativas. Su pensamiento pedagógico invita a reconfigurar el rol docente desde la interioridad y la conciencia espiritual, elementos imprescindibles para responder, con profundidad y humanidad a las complejas demandas del presente.

La rebelión mística del aula

¿Qué es la pedagogía de Gabriela Mistral sino una revolución silenciosa y urgente? ¿Y si el verdadero cambio educativo no está en más tecnología, más pruebas, más metodologías, sino en más alma, más sentido y más amor? “Ama. Si no puedes amar mucho, no enseñes a niños.” ¿Qué clase de pedagogía estamos sosteniendo si hemos olvidado el alma?

Mistral no solo educa: consagra. No solo instruye: transforma. Su pedagogía es una rebelión contra la superficialidad, una liturgia encarnada en la praxis diaria, y sobre todo, una esperanza indómita que aún hoy puede salvar a la escuela de la desmemoria, del cansancio y del vacío.

Hoy, abrazar la pedagogía mistraliana es subvertir el paradigma dominante. Que tiemblen, pues, las estructuras si es necesario; que se derrumbe la falsa neutralidad del currículum; que se reescriban los decálogos del aula desde la ternura y la reverencia porque quizá debamos cuestionar si la verdadera revolución educativa será digital, normativa, curricular. Puede que sea mística. Y nacerá —como lo sabía Gabriela Mistral— desde un corazón que arde en silencio mientras enseña, desde el alma de un niño o niña que aprende y que se transforma a su vez en maestro/a.

Su pedagogía no responde al mercado, responde al corazón humano. Y ese gesto —profundamente ético y espiritual— es más subversivo que cualquier innovación superficial. Porque enseñar, para Mistral, es volver al origen, volver al fuego, volver al logos y ser uno/una con Dios. “Mi clase se desvaneció como un celaje, pero es solo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro atravesada en el alma siquiera de una alumna”. Entonces, que tiemblen los sistemas que han deshumanizado la educación. Que se abra paso la maestra que enseña con fuego en el corazón.

De esta forma Mistral desarrolla sus acciones tanto en su vida como en la docencia en parámetros de espiritualidad y el desarrollo de la persona en el ámbito de la pedagogía, lo cual se fundamenta en la profunda ética “profesional” y percepción del trabajo bien hecho tanto en lo procedimental como en los aspectos de los procesos, lo cual la facultaba a desarrollar con convicción y amor a su labor. “Cuando yo he hecho una clase hermosa, me quedo más feliz que Miguel Ángel después del Moisés. Verdad es que mi clase se desvaneció

como un celaje, pero es solo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro atravesada en el alma siquiera de una alumna en la vida de ella mi clase se volverá a oír, yo lo sé. Ni el mármol es más duradero que este soplo de aliento si es puro e intenso” (Mistral, 1979, p 5).

Referencias

- Diario Digital OvalleHoy.cl (4 de abril de 2021). Gabriela Mistral y su religiosidad. <https://ovallehoy.cl/gabriela-mistral-y-su-religiosidad/>
- Guardini, R. (2005). El espíritu de la liturgia (M. Aroztegui, Trad.). Ediciones Cristiandad. (Obra original publicada en 1930)
- Guillén, P. (2003). Comentario a Ternura. En Ternura. Madrid: Saturnino Calleja. Citado en Wikipedia: Ternura (libro)
- Memoria Chilena. (s.f.). Pensamiento pedagógico de Mistral. Biblioteca Nacional Digital. Recuperado de Memoria Chilena. Recuperado de <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8310.html>
- Mistral, G. (1979). Magisterio y niño (R. E. Scarpa, selección de prosas y prólogo). Santiago: Andrés Bello. (Obra consultada en la Biblioteca Nacional de Chile, catalogada como MC0010808).
- Mistral, G. (1924/1945). Ternura; canciones de niños (2ª ed.). Madrid/Buenos Aires: Editorial Saturnino Calleja / Espasa-Calpe.
- Mistral, G. (1923). Lecturas para mujeres destinadas a la enseñanza del lenguaje. Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública.
- Mistral, G. (1919). La oración de la maestra [Poema]. Recuperado el 26 de junio de 2025, de <https://www.poemas-del-alma.com/la-oracion-de-la-maestra.htm>
- Mistral, G. (1926, 17 de octubre). Cristo en la escuela [Artículo]. El Mercurio. Recuperado de Biblioteca Nacional Digital de Chile: <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl>
- Mistral, G. (s.f.). La educación es, tal vez, la forma más alta de buscar a Dios [Aforismo]. Recuperado el 26 de junio de 2025, de Escritas.org: <https://www.escritas.org/es/t/40605>
- Mistral, G. (1923). Pensamientos pedagógicos. Revista de Educación, Ministerio de Educación de Chile.
- Mistral, G. (c. 1922). El sentido religioso de la vida. En L. Vargas Saavedra (Ed.), Prosa religiosa de Gabriela Mistral. Santiago: Editorial Andrés Bello.

- Mistral, G. (1919/1930). La oración de la maestra. En *Nubes blancas: poesías*, y *La oración de la maestra* (p. 35). Barcelona: Bauzá.
- Mistral, G. (1930). La oración de la maestra. En *Nubes blancas: poesías*, y *La oración de la maestra*. Barcelona: B. Bauzá.
- Mistral, G. (1938, 20 de enero). Una brillante conferencia de Gabriela Mistral [Artículo]. *El Pueblo* (Montevideo). Biblioteca Nacional Digital de Chile.
- Museo Gabriela Mistral de Vicuña. (2025, 19 de mayo). Pensar desde Gabriela Mistral: ecos de un seminario en el corazón del Valle de Elqui. Museo Gabriela Mistral de Vicuña. Recuperado de Museo Gabriela Mistral de Vicuña.
- Ratzinger, J. (2001). *El espíritu de la liturgia* (J. A. Martínez Camino, Trad.). Ediciones Cristiandad. (Obra original publicada en 2001)
- Revista SIC (20 de agosto de 2020) Gabriela Mistral: La profunda fe de una Nobel de Literatura. <https://revistasic.org/gabriela-mistral-la-profunda-fe-de-una-nobel-de-literatura/>
- Sánchez Cerda, E. (s.f.) Gabriela Mistral: la apasionante vocación del maestro. Humanitas.
- San Juan de la Cruz (1991) escribe: “El alma comprende más en un instante de amor que en toda la ciencia del mundo” (Cántico espiritual, estrofa 27, explicación). <https://www.humanitas.cl/educacion/humanitas-85-mistral-la-apasionante-vocacion-del-maestro>
- Universidad de Valparaíso. (2025, 7 de abril). “Gabriela Mistral es una oportunidad para repensar la profesión docente” [Noticia]. Universidad de Valparaíso. Recuperado de la Universidad de Valparaíso.
- Zegers Blachet, P.P. *Lo religioso de Gabriela Mistral*. Fondo Franciscano Hermano Gabriela Mistral <https://fondogabrielamistral.cl/lo-religioso-de-gabriela-mistral/>
- Zegers, P. P. (Comp.), Pfeiffer, E. & Warnken, C. (Eds.). (2017). *Pasión de enseñar: pensamiento pedagógico de Gabriela Mistral*. Valparaíso: Ediciones Universidad de Valparaíso.